

El carácter pedagógico del legado de Ignacio Ellacuría.

Desplazamientos práxico-teóricos hacia una pedagogía testimonial, histórica y orgánica

Juan Esteban Santamaría Rodríguez¹

El objetivo general de la investigación fue identificar el carácter pedagógico de Ignacio Ellacuría en *tensidad* con el pensamiento pedagógico latinoamericano junto a sus posibles desplazamientos práxico-teóricos y actualizaciones recíprocas. En razón de lo anterior, la pesquisa definió como objetivos específicos: a) describir los aspectos que caracterizan el legado de Ignacio Ellacuría en virtud de su identidad histórico-intelectual, b) enunciar un carácter pedagógico al legado de Ignacio Ellacuría en *tensidad* con el pensamiento pedagógico latinoamericano y c) caracterizar desplazamientos práxico-teóricos y actualizaciones recíprocas para el legado de Ignacio Ellacuría y el pensamiento pedagógico latinoamericano.

A nivel metodológico, la pesquisa consideró el enfoque cualitativo de su objeto de estudio (Flick, 2007, p. 20; Denzin y Lincoln, 2011, p. 46-55). Sobre el criterio de *tensidad*, esto es, el movimiento respectivo que se establece entre el legado de Ignacio Ellacuría y el pensamiento pedagógico latinoamericano, la investigación definió una hermenéutica de apropiación textual de este legado según su sintaxis, semántica y pragmática (Ricoeur, 2004, 114, 130-131, 140). De esta forma, tal hermenéutica es interdisciplinar. Por un lado, ya que la identificación de este carácter se hizo a partir de la pedagogía latinoamericana, en específico aquella de procedencia dialógica, crítica y problematizadora. Por el otro, ya que implicó apropiar el horizonte de significación biográfico, intelectual y práxico del legado del Mártir salvadoreño en su configuración filosófica, teológica, política y universitaria en el marco de su vocación como cristiano y jesuita.

En función de la estrategia metodológica expuesta, la pesquisa desarrolló como método la investigación documental (Uribe, 2011, p. 196, Gurdián-Fernández, 2007, p. 147). En razón del legado de Ellacuría, sistematizado a través de textos compilatorios y póstumos de su autoría, así como de investigadores que han establecido criterios de análisis biográfico, filosófico, teológico, universitario y político, la investigación documental hizo efectiva la hermenéutica sugerida.

¹ Docente e investigador del Centro de Formación Teológica en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana (Colombia). Correo electrónico: juan-santamaria@javeriana.edu.co

Con todo, a partir del recurso técnico al análisis crítico del discurso (ACD) (Pardo, 2013), esta estrategia acudió a cuatro procesos. En primer lugar, a explorar, visualizar y categorizar el corpus bibliográfico que sobre el legado de Ellacuría existe. En segundo lugar, a analizar los datos textuales subyacentes a la identificación de las categorías de interpretación junto a su clasificación y jerarquización. En tercer lugar, a establecer el criterio que a nivel discursivo legitima el legado del Mártir salvadoreño en sus escritos y en las investigaciones que lo abordan. En cuarto lugar, a realizar su interpretación pedagógica en cuyo núcleo identificó el carácter pedagógico procedente de su persona y como personaje, así como también los desplazamientos y actualizaciones recíprocas que generó en *tensidad* con la matriz pedagógica latinoamericana.

Con todo, el criterio hermenéutico de apropiación sintáctico, semántico y pragmático hizo posible la identificación del carácter pedagógico del Mártir salvadoreño desde tres categorías de análisis, a saber: a) sus trayectorias formativas junto a sus maestros, b) su dimensión intelectual a la base de su fundamento filosófico y c) su dimensión práxica de acuerdo a su dimensión orgánica, ética y trascendente. Tal criterio de apropiación tiene de base la comprensión de Ignacio Ellacuría según su vocación cristiana y jesuita, aspecto que legitima la discursividad de su legado a partir de su dimensión biográfica, intelectual, ética y práxica cuya máxima constatación es su martirio.

En complemento de lo anterior, los aspectos que legitiman discursivamente el legado de Ignacio Ellacuría se instauran en las categorías de análisis identificadas. De ahí que se confirme el modo en que sus trayectorias formativas definen un marco cognitivo y metacognitivo expresado en la concreción de su vocación cristiana y jesuita durante su vida. En ambos casos, articulados por el horizonte de formación espiritual, humanista, existencial, teológico, filosófico y discipular con sus maestros Miguel Elizondo, S.J., Aurelio Espinosa, S.J., Ángel Martínez, S.J., Karl Rahner, S.J., Xavier Zubiri y Monseñor Óscar Arnulfo Romero.

Este marco derivó en el modo como él mismo desplegó su capacidad para enfrentarse con su realidad. De ahí que en estas trayectorias formativas, que en su base, se comprenden durante su vida en la Compañía de Jesús (1947-1989), Ellacuría establezca como hábitos de su existencia las siguientes: a) el discernimiento y la libertad de espíritu para contemplar y hallar un modo de proceder cristiano desde la vivencia de su fe a la luz de la espiritualidad ignaciana, b) la heterodoxia metodológica que definió en su praxis intelectual e histórica de conformidad a la interpelación de su realidad y de las mayorías populares, c) la síntesis que de su vida estableció cuya concreción es su martirio, d) la apropiación de sí en su dimensión psico-orgánica, personal, social e histórica

según su dinamismo intelectual-sentiente, volitivo y afectivo, e) el carácter antropológico e histórico de su experiencia de fe y la exigencia teológica que allí se instaura y f) el sentido discipular de su praxis de fe en razón de la praxis eclesial en cabeza del Obispo mártir.

La legitimidad discursiva también procede de su dimensión intelectual. Al estar permeada por múltiples criterios filosóficos, Ellacuría allí define las bases que argumentan su fe cristiana. Así las cosas, en medio del tránsito que establece entre el interés por definir una filosofía cristiana, la apropiación de la filosofía zubiriana a nivel metafísico y en su matriz antropológica, la comprensión psico-orgánica, personal, social e histórica de la realidad a la base de la operatividad del sujeto de la historia y los fundamentos que señala sobre la liberación en clave integral según el ámbito biológico, antropológico e histórico, dicha legitimidad se sitúa en la hondura que adquirió a nivel racional la fe cristiana en el Mártir salvadoreño.

Una legitimidad que derivó en el modo filosófico sobre el cual argumenta el sentido de la fe cristiana y la concreción biográfica que tiene en los fundamentos teóricos y prácticos en tanto horizonte de sentido para la realización de la persona. En específico, de sí mismo como creyente, seguidor de Jesús y mártir por el efecto histórico que su fe tiene en su vida en concordancia con el Evangelio, la realidad de las mayorías populares y el rol profético que allí asumió en favor de su justicia, y de su aporte a su liberación y salvación.

Por último, esta legitimidad se establece en el horizonte práctico de su existencia. A partir de su vocación cristiana y jesuita, el despliegue de su praxis intelectual e histórica tiene por característica principal la identidad que propone sobre el sujeto de la historia. En su sentido orgánico, ético y trascendente, Ellacuría establece los criterios de esta praxis. Toda ella situada en su entramado material y personal (intelección sentiente-voluntad tendente-sentimiento afectante), social (transmisión tradente-actualización de posibilidades-proceso creacional de capacidades), histórico (actor-autor-agente) y ético (hacerse cargo-cargar-encargarse de la realidad), en correspondencia a la dimensión social, política, histórica y trascendente del “lugar más preñado de verdad” (Ellacuría, 1996, p. 115) y a la experiencia mistagógica allí operante.

A partir de las categorías de análisis y la legitimidad discursiva verificada, se identificó en él un carácter pedagógico crítico, antropológico y místico. La matriz pedagógica latinoamericana permite establecer este criterio hermenéutico al reconocer en Ellacuría a un sujeto pedagógico por ser “un sujeto histórico y un hacedor de la cultura” (Bambozzi, 2000, pp. 64). En primera instancia, esta identidad cobra efecto en su ámbito formativo en diálogo con sus maestros y su realidad

histórica (*bildung*). En segunda instancia, por el despliegue de la dimensión intelectual y práxica de su vida. En tercera instancia, por el horizonte mistagógico que permea su legado. De esta forma, allí se reconoce el sentido de concientización, alfabetización y liberación que procede de su dimensión formativa. Así mismo, su talante ético por los fundamentos y efectos de su praxis histórica como sacerdote, jesuita, profesor, rector de la UCA, analista político y mártir junto a la hondura del criterio intelectual que define sobre la filosofía, la teología, la política y la universidad. Finalmente, se establece su componente práxico, en el cual, si bien no existen sistematizaciones pedagógicas, sí se expresan en dos perspectivas: a través de su vida y de aquello que en ella comunica. Más aún, aquello que enseña y de lo cual se puede aprender por la cohesión que allí se instaura en su vocación cristiana y jesuita, y cuyo colofón es su martirio.

El carácter pedagógico de Ignacio Ellacuría, a la luz de estos planteamientos, ofrece varias aristas de interpretación. Sobre el criterio de comprensión pedagógico propuesto en la matriz freireana, de forma puntual, en su carácter de concienciación, el Mártir salvadoreño por efecto de su praxis intelectual e histórica es un sujeto pedagógico emancipado. El lugar visible de ello es su historicidad, sin embargo, en *tensidad* a su legado filosófico, en su base esto tiene un criterio orgánico. O sea, que lo implica a él en toda su corporalidad, intelectualidad y espiritualidad.

Otra arista de interpretación está en la dimensión popular de su carácter pedagógico. Esto deriva por la finalidad de su vocación cristiana y jesuita al servicio y en correspondencia a la praxis histórica de las mayorías populares. Así como también por el horizonte de sentido y de apropiación que su legado tiene a más de treinta y cinco años de su martirio. Allí se verifica que su emancipación no quedó instalada en sí mismo. Antes bien, trascendió por el contenido de su praxis y los efectos que generó en su realidad. Efectos que por un lado legitimaron la lucha, resistencia, re-existencia y transformaciones del ‘Pueblo crucificado’ en su apuesta de liberación y salvación; y por el otro, incomodaron al *statu quo* salvadoreño, a la sociedad de la riqueza y la opulencia, y a los agentes del poder, quienes cegaron su vida.

Por último, el carácter pedagógico de Ellacuría tiene como arista de interpretación lo que está a la base de su vocación cristiana y jesuita. Allí se interpreta un ámbito crítico y liberador. De él no deriva un corpus pedagógico en clave teórica. Sí procede de lo que representa y simboliza su praxis. Es así un carácter pedagógico narrativo, biográfico, histórico y trascendente cuya dimensión formativa está situada en el testimonio de su vida, en la coherencia que estableció entre su racionalidad y praxis, y en la profundidad de su martirio.

Sobre estos planteamientos, la pesquisa concluye que sí existe un carácter pedagógico en la persona y el personaje que representa Ignacio Ellacuría. Ahora bien, en la *tensidad* propuesta entre su legado y el pensamiento pedagógico latinoamericano, este carácter establece cuatro desplazamientos práctico-teóricos por efecto del lugar de enunciación de tal carácter. En ello, es importante indicar la razón que sustenta estos desplazamientos. Esto es, el movimiento que genera una dimensión pedagógica contenida en la historicidad de un sujeto pedagógico, el cual propicia una transformación inductiva, crítica, creativa y disruptiva de la propia pedagogía, la cual se ubica en el plano de lo biográfico, lo histórico y lo orgánico.

Al comprender por praxis el ámbito de la “reflexión y acción de los hombres sobre el mundo para transformarlo” (Freire, 1970, p. 43), aquello que se instaura es la configuración de “dos elementos constitutivos que son la acción y la reflexión humana; y por otro, que tiene como *telos* al mundo al cual transformar” (Bambozzi, 2000, p. 87). Así mismo, al referir al ámbito de lo teórico, lo que se entiende no es una reflexión filosófica, es más bien, “una inserção na realidade, um contato analítico como o existente, para testa-lo, comproba-lo, vive-lo plenamente, praticamente” (Freire, 1961, p. 28 en Bambozzi, 2000, p. 56). Este aspecto permite entender que “el conocimiento que surge de la reflexión sobre lo educativo [está] orientado hacia la realidad y no en el sentido de actividad teórica según la concepción griega” (Bambozzi, 2000, p. 57). O sea no a nivel gnoseológico, sino dialéctico ya “que genera un pensamiento y una acción correctos en y sobre la realidad para su transformación” (Freire, 1970, p. 24).

En correspondencia a la hermenéutica pedagógica instaurada sobre el legado de Ellacuría, la reflexión en torno a lo pedagógico que aquí emerge exige entender que su carácter pedagógico asume un sentido práctico-teórico. A nivel práctico por el ámbito cognitivo y metacognitivo que de su formación y sus dimensiones intelectual y práctica emerge en su vocación cristiana y jesuita. A nivel teórico, por la implicación que allí se establece de acuerdo con la experiencia mistagógica que procede de la realidad histórica y de las mayorías populares. Aspecto que no sólo le sitúa en un lugar de contemplación, sino también de acción y transformación.

Los desplazamientos práctico-teóricos se infieren por el recorrido que realiza el carácter pedagógico de Ellacuría hacia “pedagogías otras” (Ortiz, Ariza y Pedrozo. 2018, pp. 77-85). O sea, hacia pedagogías que en su matriz crítica, liberadora y decolonial (Mignolo y Walsh, 2018, pp. 81-96) proceden del lugar de significación, implicación y vulnerabilidad, y que a la luz de su legado intuyen una pedagogía testimonial, una pedagogía histórica y una pedagogía orgánica. Pedagogías

que, en últimas, legitiman al sujeto pedagógico dando razón a su historicidad y trascendencia desde el lugar pedagógico que representa la realidad.

Desplazamiento práxico-teórico hacia una pedagogía testimonial

Los criterios que describen a Ignacio Ellacuría en cuanto persona y personaje permiten identificar en su carácter pedagógico una dimensión testimonial (Freire, 1970, pp. 228-232). Según ha sido expuesto, esta se sustenta en tres aspectos, a saber: su biografía, su intelecto y su praxis. Con lo anterior, es claro que aquello que constituye dicho carácter está mediado por lo que configuró su vida a través de sus trayectorias formativas, así como también por el dinamismo intelectual y práxico que adoptó desde su ingreso a la Compañía de Jesús hacia 1947 en Tudela (Navarra, España) hasta su martirio en 1989 en El Salvador (Sols, 1999, pp. 19-52).

Al ser un carácter pedagógico que está integrado por el influjo de sus maestros, por el sentido de su praxis intelectual e histórica, y por la incidencia de su realidad, su núcleo lo define la radicalidad de su vocación cristiana y jesuita. Es así como al interpretar el legado del Mártir salvadoreño, desde el pensamiento pedagógico latinoamericano, se corrobora esta pedagogía testimonial por su razón dialógica, crítica y problematizadora (Freire, 1970, pp. 99-154).

Las trayectorias formativas de Ellacuría constatan cómo su vida fue un continuo proceso de enseñanza y aprendizaje. De enseñanza, por la incidencia de sus maestros a nivel espiritual, humano, existencial, filosófico, teológico y pastoral. De aprendizaje, por el desarrollo cognitivo y metacognitivo que en él ocurre al estar inserto en su realidad histórica salvadoreña, así como también, por el despliegue que en él sucede en el plano de su racionalidad y praxis. Es en ello en donde se destaca la identidad dialógica, crítica y problematizadora de esta pedagogía testimonial. Particularmente, porque es en estos procesos como el Mártir salvadoreño establece un criterio de relación con sus maestros, consigo mismo y con su realidad según el sentido de su vocación.

La constatación de lo anterior está en su deseo (*ágape*) de síntesis existencial. De igual forma, en su concreción espiritual, intelectual y corporal ya que su martirio es la expresión fidedigna de la totalidad de su vida. Totalidad que ocurre en la *tensidad* que para él representó la formación con sus maestros, su despliegue práxico a nivel intelectual e histórico y la dialéctica interpelante de su realidad. Con todo, es un desplazamiento que se infiere del decir y hacer que articula su vida cuya máxima expresión en su asesinato (Freire, 1970, p. 229). Este último, por

efecto de su accionar liberador y salvífico a la luz de su fe cristiana y la vivencia de su espiritualidad ignaciana en relación directa a la densidad de su realidad, a ese 'lugar-preñado-de-verdad' que continuamente lo interpeló a nivel humano, histórico y espiritual.

Según la matriz pedagógica latinoamericana, el horizonte testimonial se sustenta por efecto de la figura de aquel que enseña hacia aquel que aprende (Freire, 1997c). Freire (1970) problematiza este ámbito desde el sujeto oprimido, y cómo, a la base del proceder opresor, dichas acciones son apropiadas y reproducidas por este. A este respecto indica: "Muchos de los oprimidos que, directa o indirectamente, participaron de la revolución, marcados por viejos mitos de la estructura anterior, pretenden hacer de la revolución su revolución privada", a lo cual complementa afirmando que "perdura en ellos, en cierta manera, la sombra testimonial del antiguo opresor. Este continúa siendo su testimonio de 'humanidad'" (Freire, 1970, pp. 36-37).

Freire (1970) también señalará que, ante la instauración de tal testimonio de humanidad, acontece uno que destaca por el sentido de las acciones humanas cuya base es el diálogo, la confianza y la fe en el otro (pp. 104-106). Es en ello como se configura un obrar humano que contiene un dinamismo pedagógico marcado por una conciencia de sí, de realidad y de acción, en donde "la confianza implica el testimonio que un sujeto da al otro, de sus intenciones reales y concretas" (Freire, 1970, p. 105). Pero también de la acción humana, ya que "no puede existir si la palabra, descaracterizada, no coincide con los actos. Decir una cosa y hacer otra, no tomando la palabra en serio, no puede ser estímulo a la confianza" (Freire, 1970, p. 105).

Tras identificar un carácter pedagógico en el legado de Ignacio Ellacuría se comprende que el desplazamiento práxico y teórico hacia una pedagogía testimonial involucra la totalidad de la existencia. En su caso particular, es un ámbito testimonial que procede de sus maestros y de la confianza que allí se instaura por la cohesión que existe entre aquello que le enseñan y reconoce a través de sus palabras y su obrar. Prueba de ello es la memoria póstuma y reflexiva que de ellos hace. Pero además, porque es a la base de esta síntesis entre palabras y actos que identifica en sus maestros, como el propio Ellacuría configura progresivamente su vida en igual sentido y cuya máxima expresión de confianza y veracidad es su martirio.

La proposición de una pedagogía testimonial emerge de la forma en que la totalidad de la existencia se involucra como acto de conciencia y de acción. Es una pedagogía que se nutre de "la necesidad de un conocimiento claro y cada vez más crítico del momento histórico en que se da la acción de la visión del mundo que se tenga o estén teniendo las masas populares" (Freire, 1970, p.

228). De esta forma, ante la dialéctica que se presenta por efecto del testimonio de ‘humanidad’ que se ampara en la figura del opresor versus el ámbito de confianza y dialogicidad del sujeto que despliega conciencia de sí y de su entorno, es una pedagogía que asume la trayectoria vital como horizonte de sentido. En donde, además, el marco de confianza está dado por efecto de las acciones humanas e históricas que contribuyen al proceso de emancipación, liberación, concientización y transformación de la sociedad.

A la luz de estos argumentos, es posible afirmar que el carácter pedagógico subyacente al legado de Ignacio Ellacuría establece un desplazamiento práxico y teórico hacia una pedagogía testimonial. En razón de lo anterior, implica tener en cuenta los siguientes criterios de análisis:

(...) la *coherencia* entre la palabra y el acto de quien testifica; la *osadía* que lo lleva a enfrentar la existencia como un riesgo permanente, la *radicalización*, y nunca la sectarización, de la opción realizada, que conduce a la acción no sólo a quien testifica sino a aquellos a quienes da su testimonio; la *valentía de amar* que (...) no significa la acomodación a un mundo injusto, sino la transformación de este mundo para una creciente liberación de los hombres; la *creencia* en las masas populares, en tanto el testimonio se dirige hacia ellas, aunque afecte, igualmente, a las élites dominadoras que responden a él según su forma natural de actuar (Freire, 1970, p. 229).

Los adjetivos de esta pedagogía testimonial (coherente, osada, radical, valiente para amar y creyente) son verificables en el legado del Mártir salvadoreño. Aquellos califican la unidad de vida que Ellacuría continuamente forjó a través de su vocación cristiana y jesuita. En concreto, a partir de la aprehensión del modo de vida de Jesús y su puesta en marcha en el plano de su realidad histórica (Ellacuría, 2000b, pp. 13-32). De ahí que el efecto de su vida, esto es, su martirio, sea el que da cuenta de la síntesis vital que procuró entre aquello que sentía, pensaba y obraba, de su radicalidad espiritual a la luz de la fe del ‘pueblo crucificado’ en medio de sus luchas y esperanzas de liberación, de la osadía de su intelecto y praxis histórica para denunciar aquello que transgredía el orden vital de las mayorías populares salvadoreñas y del despliegue de su voluntad de acción para aportar a la salvación de este pueblo.

La matriz pedagógica latinoamericana permite constatar que en Ellacuría acontece un proceso de concienciación (Freire, 1970, pp. 21-27). Este sucede por vía vocacional, intelectual y

práctica teniendo en cuenta que lo fundamental es su vida de fe y espiritual. Es así como se identifica una pedagogía testimonial, pues su actuación histórica es aquella que indica el horizonte de sentido que permeó su existencia. Actuación que ocurre desde lo que configuró su vida según su dimensión psico-orgánica a nivel intelectual-sentiente, de su voluntad tendente y de sus sentimientos afectantes. Pero, además, según un horizonte de lo vital que involucró toda su corporalidad, intelectualidad y espiritualidad en razón de su entorno formativo e histórico.

Tal proceso de concienciación, en palabras de Freire (1970), “no se detiene estoicamente en el reconocimiento puro, de carácter subjetivo, de la situación, sino que, por el contrario, prepara a los hombres, en el plano de la acción, para la lucha contra los obstáculos a su humanización” (p. 147). En el legado de Ignacio Ellacuría, esta concienciación verifica que a lo largo de sus trayectorias formativas como en su dinamismo intelectual y prático, aquello que acontece es un continuo proceso de transformación. Este involucra su vida entera tanto por la indignación e identificación de la situación de opresión de sí y de su realidad histórica, como por la necesidad de contribuir a su transformación. En este sentido, es una apuesta decidida que en términos prácticos aporta al desarrollo de una civilización del trabajo y de la austeridad que propicie la dignidad humana (Ellacuría, 2000a, pp. 347-353); y que en términos teológicos, es una contribución teológica y teologal en el camino de liberación del ‘Pueblo crucificado’ como acto concreto que instauro el reinado de Dios (Ellacuría, 2000a, pp. 164-185).

El horizonte decolonial que sustenta la matriz pedagógica latinoamericana constata la forma en que el carácter pedagógico que subyace al legado de Ignacio Ellacuría está determinado por el marco que contiene su vida y el significado que adquiere a través de su martirio. Es así un carácter cuyo fundamento, si bien está en su dimensión intelectual y sentiente, también lo está en el plano metacognitivo que representa. O sea, en el proceso de autoindagación que subyace a él mismo y que “descansa sobre una matriz en la cual se entrecruza de manera transversal el mundo de lo sensible (cuerpo-sentidos), la producción simbólico-conceptual, y por último, la síntesis y la expresión” de todo ello (Cuevas, 2013, p. 100).

El legado de Ellacuría es acontecimiento histórico y vital en el cual lo que permea sus trayectorias formativas y sus dimensión intelectual y práctica adquieren cohesión y coherencia. Nuevamente, la prueba de esto es su martirio. Fue la concreción de una síntesis vital desde su experiencia de fe cristiana y la vivencia de la espiritualidad ignaciana lo que llevó a Ellacuría a obrar intelectiva y prácticamente en su realidad. Aspecto que resultó beligerante, subversivo y

peligroso para el *statu quo* salvadoreño por el sentido profético, ético, justo, digno y liberador que tenían sus reflexiones y sus acciones (Samour, 2015, pp. 4-9). Pero que, en razón del ámbito testimonial identificado, da cuenta de la profunda coherencia de vida que gestó entre aquello que creía y debía realizar desde la implicación ética y teológica de su vocación cristiana y jesuita.

Sobre este criterio de concienciación y autoindagación ocurre el desplazamiento práctico-teórico del legado de Ignacio Ellacuría hacia una pedagogía testimonial. Así se reconoce que, “el testimonio no es un gesto que se dé en el aire, sino una acción, un enfrentamiento con el mundo y con los hombres, [el cual] no es estático” (Freire, 1970, p. 229). De esta forma, a nivel del legado del Mártir salvadoreño, “es algo dinámico que pasa a formar parte de la totalidad del contexto de la sociedad en que se dio. [Y que] de ahí en adelante, ya no se detiene” (Freire, 1970, p. 229) ya que al haberse involucrado en el plano corporal, espiritual e intelectual por los influjos formativos (*bildung*) e históricos que en él ocurren, determina un modo concreto de ser.

En este sentido, es fundamental insistir en que esta pedagogía testimonial tiene de base los aprendizajes que llevan al Mártir salvadoreño a definir hábitos que derivan de su relación con sus maestros Miguel Elizondo, S.J., Aurelio Espinosa Pólit S.J., Ángel Martínez S.J., Karl Rahner S.J., Xavier Zubiri y Monseñor Óscar Arnulfo Romero. Pero, al mismo tiempo, de los aprendizajes que proceden del espectro formativo que le impone su realidad (Ellacuría, 1991, pp. 123-133). O sea, El Salvador en su entramado problemático a nivel humano, social, político, económico y eclesial, el cual es comprendido en Ellacuría según su vocación desde el lugar que allí habita como cristiano, sacerdote jesuita, analista político, profesor y rector de la UCA.

Las hábitos que Ellacuría define, en relación con sus maestros, pueden expresarse en seis aspectos. Aquellos son: a) su libertad de espíritu para discernir a nivel vocacional, espiritual y teológico su modo de proceder, b) su heterodoxia metodológica al momento de ser formador de novicios, en su ministerio sacerdotal y en el rol pedagógico como profesor y rector de la UCA, c) la búsqueda de una síntesis de vida que fuera coherente con la exigencia de su fe cristiana, su vocación jesuita y su realidad histórica, d) un criterio teológico cuya base biográfica, existencial y antropológica configuró en él una hermenéutica de la fe cristiana desde la honradez ética que impone el Evangelio de Jesús, su compromiso eclesial y su acción liberadora y salvífica, e) su interés filosófico por desentrañar los fundamentos de la vida humana, dotándolos de sentido y buscando proceder desde la juntura que deriva de la comprensión psico-orgánica del ser humano en su dimensión intelectual y sentiente, ética y práctica, y f) la configuración discipular a la base

del *pathos* de la realidad y el ‘gozo de ser menor’ ante la autoridad espiritual y mistagógica que para él representa quienes eran superiores a su persona: sus maestros y su realidad.

El orden cronológico de las trayectorias formativas de Ellacuría constata cómo ocurre una progresiva configuración de su vocación cristiana y jesuita en *tensidad* con sus maestros, consigo mismo y con su realidad histórica. Es importante insistir en ello ya que la persona y el personaje que representa perdería sentido si no se comprende desde su implicación al devenir de su realidad, a partir de la cual configuró de modo creativo, forzoso y social tales hábitos.

En adición, a nivel formativo (*bildung*) es importante reiterar la obstrucción de este proceso con su martirio. Este acontecimiento profundiza con más rigor en el desplazamiento práxico y teórico que ofrece su carácter pedagógico hacia una pedagogía testimonial. Este es un ámbito que si se enfatiza desde “a importância do testemunho de seriedade, de disciplina no fazer as coisas, de disciplina no estudo”, y así mismo en el “testemunho no cuidado com o corpo, com a saúde. Testemunho na honradez com que o educador realiza sua tarefa” (Freire, 1997c, p. 53), manifiesta la integralidad de la vida de Ellacuría. En específico, la unidad de su sentir, su pensar y su obrar en coherencia a su vocación, a tal punto que la vicisitud que representa su martirio no es otra cosa que la concreción de su ideal cristiano, de su profunda libertad de espíritu y de su heterodoxia metodológica. Esto último porque tal acontecimiento es el acto pedagógico más expedito del esfuerzo de coherencia y síntesis que pretendió a lo largo de su vida.

Tras identificar la vida de Ellacuría como trayectoria formativa, se establece un modo de proceder del Mártir salvadoreño a la luz de su vocación cristiana y de la espiritualidad ignaciana (EE 1). De esta forma, se verifica en él la figura de quien enseña en el acontecer cotidiano de su vida (Maldonado, 2006, pp. 118-124). Con seguridad, Ellacuría no intuye ni desarrolla una noción pedagógica de su obrar. No obstante, al interpretar su legado en clave pedagógica, se da razón de ello por el efecto de su vida: su martirio. Y, así mismo, porque este se constituyó en dinamismo pedagógico cuyo efecto principal ha sido la aprehensión, intelección y despliegue de su legado como clave hermenéutica y práxica por su efecto liberador, humanizador, salvífico y transformador hacia la comprensión y creación de mejores formas de estar en la realidad.

Con todo, el desplazamiento práxico-teórico hacia una pedagogía testimonial se sitúa en el acontecimiento vital. A partir del carácter pedagógico de Ellacuría, se manifiesta en el trayecto formativo que vive junto a sus maestros y en su realidad, en el ámbito que define su dinamismo

intelectivo y práxico, y en el mensaje que comunica su martirio. Es allí en donde el criterio de actuación humana ofrece las bases de una pedagogía que se sustenta en la coherencia de vida.

Desplazamiento práxico-teórico hacia una pedagogía histórica

A partir del desplazamiento práxico-teórico hacia una pedagogía testimonial a la luz del legado de Ignacio Ellacuría, emerge un segundo desplazamiento por el criterio de historicidad que acompaña su carácter pedagógico. Tras analizar sus trayectorias formativas y su dinamismo intelectual y práxico, es posible insistir en que este carácter se configura por el influjo de sus maestros, su autonomía intelectual y práxica, así como por el escenario de interpelación que identifica en su realidad histórica salvadoreña.

Al hacer referencia a la historicidad de su legado, el desplazamiento práxico-teórico es hacia una pedagogía histórica. Con lo cual, aquello que se busca es enfatizar en la profundidad de este por efecto de su praxis. El horizonte formativo (*bildung*) que acompaña a Ellacuría es un aspecto no menor. De hecho, a la par del sentido pedagógico que tiene en términos de enseñanza y aprendizaje con sus maestros y su realidad histórica, este ámbito está permeado por la experiencia mistagógica que allí vive desde su vocación cristiana y jesuita.

A propósito del término ‘mistagogía’, Melloni (2001) expone dos perspectivas. En la primera, la “mistagogía es un término griego que significa literalmente: ‘iniciación en los misterios’. Está compuesto por dos raíces: ‘*mystós*’, ‘perteneciente a los misterios’ y ‘agía’, sustantivo del verbo ‘ago’, que significa ‘conducir’” (Melloni, 2001, p. 21). En la segunda, “‘misterio’ (...) significa literalmente ‘lo secreto, lo que está oculto’. Proviene del verbo griego ‘*myo*’, ‘mantener los labios y los ojos cerrados’” (Melloni, 2001, p. 21). En adición, Melloni (2001) señalará a modo de referencia histórica que “los *mistagogos*, en el mundo helénico, eran aquellos sacerdotes que *iniciaban* en la experiencia mística de lo Sagrado, a través de unos ritos muy precisos”, los cuales “desde el punto de vista de la experiencia del iniciado (...) tienen una estructura tripartita: muerte, renacimiento y crecimiento iniciático (p. 21).

La particularidad del carácter pedagógico de Ignacio Ellacuría desentraña una experiencia mistagógica. Su punto de partida y de llegada es su realidad histórica. Esto no significa que en el Mártir salvadoreño quede inmóvil su praxis intelectual e histórica, o más aún, que le limita en su modo de proceder. Al identificar la mistagogía como un componente fundamental de su carácter

pedagógico, aquello en lo cual se insiste es en que fruto de su experiencia de fe y espiritual, Ellacuría es capaz de desplegar una forma de operar en su realidad. Una forma que está determinada por el dinamismo religioso y teológico que configuró progresivamente su vida.

Es así como se afirma que la realidad histórica es dinamismo y dimensión interpelante de su existencia. Aquello ocurre en el sentido diacrónico y sincrónico de sus trayectorias formativas dentro de la Compañía de Jesús. Además, por el despliegue vocacional que Ellacuría vive en sus etapas de formación espiritual, humana, filosófica, teológica, pastoral y discipular. De esta forma, si algo es relevante al identificar su carácter pedagógico, es esto. Sobre todo, porque para él toda idea de liberación y de salvación que albergó en su intelecto y su praxis estaba permeada por el valor sacramental que procedía de las mayorías populares (Ellacuría, 2000a, pp. 356-364). Así como también, por el contenido misterioso que de ello procedía. Un misterio que a la luz de su experiencia de fe, le hablaba de un pueblo crucificado (Ellacuría, 2000b, pp. 138-144), le obligaba a contemplarlo como contemplaba a Cristo en la cruz (EE 53) y le exigía bajarlo de la cruz (Ellacuría, 2000b, pp. 147-156).

Si la mistagogía es experiencia que inicia en el misterio, es revelación de lo oculto y acto corporal y espiritual de mantener labios y boca cerrada ante la inconmensurabilidad que representa, aquella asume concreción en Ellacuría en el nivel contemplativo y práxico de su vocación cristiana y jesuita. Su vehículo de interpretación es su fe cristiana desde la inspiración que le ofrece la espiritualidad ignaciana. A lo cual es preciso agregar que tal mistagogía tiene un carácter particular. Para el Mártir salvadoreño, su experiencia mistagógica no es una teofanía mistificante o espiritualista (Ellacuría, 2007, pp. 591-596). Todo lo contrario. Aquella está situada en el “lugar-que-da-verdad” (Ellacuría, 1991, pp. 115), el cual no es otro que el que se expresa en el sufrimiento de las mayorías populares salvadoreñas por efecto de un sistema social, político, económico y religioso injusto (Sols, 1999, pp. 52-71). Un lugar que es a la vez político, teológico y teologal por lo que manifiesta en su densidad y por el dinamismo operativo del misterio de Dios que allí se inaugura (Santamaría-Rodríguez, 2017, pp. 482-504).

La mistagogía refiere a la iniciación en el misterio de lo divino, de la experiencia de fe y del sentido espiritual que abarca a una persona. “Compreendida como fundamento e caminho do processo de iniciação cristã, a mistagogia é teologia, mas também é pedagogia” (Fernandes, 2012, p. 835). A propósito de la primera acepción, “no horizonte sapiencial dos Padres da Igreja, a mistagogia é a teologia que fundamenta suas reflexões e sua compreensão de iniciação”

(Fernandes, 2012, p. 835). Sobre la segunda consideración, la mistagogía “é pedagogia porque é mediação entre a ação divina e a realidade pessoal, histórica e social” (Fernandes, 2012, p. 835). De esta manera es como se logra comprender que “a mistagogia se dá a partir do diálogo que Deus vai tecendo amorosamente com cada pessoa e com cada comunidade e que se torna como que um eco dessa autocomunicação divina” (Fernandes, 2012, p. 835).

En el horizonte histórico y teológico que representa la mistagogía, es preciso indicar dos movimientos. El primero refiere a la iniciación del misterio catequético y del conocimiento de la fe a través de prácticas rituales y litúrgicas (Fernandes, 2012, pp. 835-836). El segundo indica hacer propicio el camino de la experiencia de fe de quien es iniciado a través de las prácticas rituales como de la experiencia personal y comunitaria de su fe (Fernandes, 2012, pp. 836-837). Así las cosas, en conjunto con las acepciones ilustradas, la mistagogía da lugar al ámbito de la reflexión teológica sobre la experiencia de fe vivida, y a su vez, se constituye en un horizonte pedagógico, formativo si se quiere, no sólo de la experiencia del misterio de Dios, sino también de la forma en que se hace propicio desentrañarlo a nivel personal y comunitario.

Los argumentos expuestos obligan a retornar a las trayectorias formativas de Ellacuría. Sus hábitos son la mejor expresión de aquello que definió su proceso pedagógico junto a sus maestros. Desde este horizonte, la incidencia de Miguel Elizondo, S.J., de Karl Rahner S.J., y de Monseñor Óscar Arnulfo Romero se pueden considerar como las más relevantes. El despliegue de su hábito espiritual, antropológico y pastoral-discipular le permiten a Ellacuría ahondar en el eje transversal de su vocación cristiana y jesuita: el seguimiento de Jesús (Ellacuría, 2000b, pp. 205-207). En primer lugar, a nivel del discernimiento personal y comunitario en la Compañía de Jesús. En segundo lugar, desde el marco teológico por el cual establece un criterio de comprensión de la experiencia de fe en la persona antes que en una elucubración teórica. En tercer lugar, por la experiencia discipular que vive fruto del accionar pastoral y episcopal del Obispo mártir, la cual precisamente le lleva a implicarse en la totalidad de su existencia en esta causa humana y eclesial tanto que lo hace entregando su vida.

Según Fernandes (2012), la teología de Rahner recupera el sentido pedagógico del Misterio, el cual “fala na presença da mistagogia nos processos de transmissão e experiência da fé, como uma dinâmica na qual o anúncio da fé dialoga com as condições e com as questões que a pessoa humana traz em si” (pp. 836-837). Es así una dinámica pedagógica que “não se limita às exposições doutrinárias, mas dialoga com a busca da verdade experimentada na vida e na

comunidad eclesial” (Fernandes, 2012, p. 837). En virtud de lo anterior, se corrobora el influjo formativo de los maestros de Ellacuría. Es un influjo cuya introducción en la experiencia de fe no está sustentada en el nivel dogmático de forma exclusiva. Antes bien, lo está en un ámbito experiencial y dialógico el cual acontece en su vida personal y comunitaria, en confrontación con el ‘Pueblo crucificado’ que identifica en las mayorías populares salvadoreñas y en la necesidad de aportar a su liberación y salvación desde el lugar que ocupa.

Pero además, es un influjo formativo que al interpretarse como experiencia pedagógica, ilustra el ámbito dialógico, problematizador y crítico que allí subyace. Un ámbito que le permite al Mártir salvadoreño ser conducido en la iniciación y comprensión del Misterio. Al tiempo que le permite desplegar la capacidad para aprehenderlo en su dimensión psico-orgánica. De esta forma, será a través de su intelección sentiente, su voluntad tendente y su sentimiento afectante como Ellacuría apropia la verdad que comunica este misterio del Dios de Jesús representando en el “lugar más preñado de verdad” (Ellacuría, 1991, p. 116), así como también, en la necesidad de responder a él desde la integralidad de su vocación cristiana y jesuita.

La experiencia mistagógica que se identifica en el carácter pedagógico de Ellacuría se representa a nivel histórico en su praxis de fe y eclesial desde su accionar espiritual, teológico y discipular. Gracias al influjo de Miguel Elizondo, S.J., de Karl Rahner S.J., y de Monseñor Óscar Arnulfo Romero, el Mártir salvadoreño experimenta y define un modo de proceder cuyo eje está situado en el dinamismo de lo histórico, en su discernimiento espiritual, su aprehensión teológica y su accionar discipular-eclesial. Así se comprende cómo su experiencia mistagógica determina su vocación cristiana y jesuita y el dinamismo intelectual y práxico que lo caracteriza. En el caso de su vocación, esto se constata en el efecto que tiene su esfuerzo de síntesis y de coherencia de vida desde el seguimiento de Jesús. En el caso de su racionalidad y actuación humana, a través de la concreción filosófica, teológica, política y universitaria de su praxis histórica.

La mistagogía, “é pedagogia que desencadeia a virtude de acolher o mistério, reconhecer sua presença e dinamismo dentro de cada pessoa, na comunidade eclesial, na história humana, na criação” (Fernandes, 2012, p. 851). Al identificar el carácter pedagógico de Ignacio Ellacuría, se confirma cómo está determinado por la experiencia espiritual, teológica y discipular que define su vida. Esta mistagogía se integra al ámbito testimonial descrito. La dimensión espiritual aquí operante permite observar la profundidad de su legado, el acto pedagógico que se interpreta desde el testimonio de su vida y aquello que en él orbitó: situarse frente al misterio de su fe en el horizonte

de su realidad histórica, ser introducido en él según su densidad y la verdad que comunica, y como consecuencia de ello, procurar a través de su praxis intelectual e histórica la superación de las condiciones de exclusión e inhumanidad allí presentes.

Los argumentos expuestos corroboran el desplazamiento que el carácter pedagógico de Ignacio Ellacuría establece hacia una pedagogía histórica. Para dar razón de ello, el ámbito mistagógico descrito es capital por sus contenidos teológicos y pedagógicos. Es cierto que en el Mártir salvadoreño acontece una experiencia formativa que está implícita a su opción de vida religiosa. Ahora bien, es con base en ello que ocurre un desplazamiento práxico-teórico hacia esta pedagogía. En particular, porque es el sentido diacrónico y sincrónico de sus trayectorias formativas el que permite comprender que tal pedagogía está situada en el lugar de la experiencia de quien vive y está situado conscientemente en su realidad.

La experiencia mistagógica que subyace al legado de Ellacuría fundamenta el sentido de historicidad sobre el cual se establece este desplazamiento hacia una pedagogía histórica. Si bien a través de este término el Mártir salvadoreño comprende las acciones humanas y el modo en que inciden en el devenir de la historia, detrás de ello, él enfatiza en su potencia. Es decir, en que son los actos humanos los que determinan el curso de la realidad histórica, o bien por razón de sus posibilidades y capacidades, o bien por su carácter forzoso que, en últimas, es aquello que de forma social o impersonal se imprime en la realidad (Ellacuría, 2007, pp. 238-244).

En sus palabras, afirma que la historicidad es “ejecución del acto propio de una potencia, [ya que] las acciones humanas son hechos; en tanto que realización de unas posibilidades, son sucesos o eventos”. De igual forma, indica que “en esto último consiste la intrínseca historicidad de toda acción humana; una acción es suceso, [y] es histórica, en cuanto es realización [y] cumplimiento de unas posibilidades” (Ellacuría, 2000a, p. 96). Al decir de lo anterior, la realidad histórica es resultado de la historicidad de los actos humanos. Tras identificar el carácter pedagógico de Ellacuría, allí se observa tal criterio de historicidad. Su legado se comprende como acto humano y pedagógico que realiza unas posibilidades concretas fruto de su experiencia mistagógica: su vocación cristiana y jesuita, su praxis intelectual e histórica y su martirio como consecuencia de la interpelación de y su incidencia en la realidad histórica salvadoreña.

Para Torres (2014), “el reconocimiento de la historicidad y el carácter intersubjetivo de la historia nos remite al recurrente cuestionamiento sobre su imposible objetividad” (p. 7). De esta forma, si a nivel formativo (*bildung*) las trayectorias de Ellacuría están definidas de un modo

heterónimo por el influjo de sus maestros y de su realidad histórica, el ámbito de historicidad está fundado en el criterio de interpretación, apropiación y acción que él despliega. Así las cosas, la persona y el personaje que él representa no son espontáneos ni responden a un deliberado interés personal. En fidelidad a su experiencia mistagógica en el horizonte de su vocación cristiana y jesuita, para Ellacuría la dimensión heterónoma de su formación (*bildung*) se instaura en el influjo de sus maestros y de su realidad como factores que configuran de forma progresiva aquello que a través de su praxis intelectual e histórica realizó. Más aún, es fruto de este ámbito formativo (*bildung*) como Ellacuría materializa autónomamente las posibilidades históricas que se le ofrecen en su realidad, las cuales tendrán concreción en su quehacer filosófico, teológico, universitario y político, todo él anclado al eje de su existencia: su vocación cristiana y jesuita.

La pedagogía histórica que aquí se establece permite comprender la forma en que el carácter pedagógico del Mártir salvadoreño está permeado por los aspectos que rodean su vida. Esto significa que tal pedagogía emerge y se configura desde el dinamismo de la realidad, con lo cual, es el factor de historicidad y su intersubjetividad lo que se enuncia como acto pedagógico. Para Ellacuría, este acto fue el drama de su realidad salvadoreña, toda ella permeada por un factor de historicidad situado en la marginalidad, la violencia y el empobrecimiento. Así pues, la experiencia mistagógica que acompaña su opción de vida religiosa no sólo le lleva a dejarse introducir, aprehender y permear por el misterio de lo divino que allí opera a la luz del Evangelio de Jesús. Antes bien, a consecuencia de ello, es lo que le permite involucrar la totalidad de su existencia para responder a la verdad allí contenida y a la interpelación que le impone.

Aquí adquiere relevancia la insistencia de Ellacuría (1991) en el “lugar-que-da-verdad” (p. 115). Un lugar que es social y político por el dinamismo impersonal, forzoso y posibilitante que establecen las acciones humanas. Un lugar que es teológico al ser el escenario apocalíptico y profético de la revelación del Dios cristiano. Un lugar que es teologal al ser comprendido como dinamismo interpelante y práxico del obrar salvífico de Dios, tanto en el clamor de las mayorías populares crucificadas como en las acciones que procuran para resistir, re-existir y transformar su realidad (Ellacuría, 2000a, pp. 148-153). Es de esta forma que el ámbito mistagógico de su legado abre paso a esta pedagogía histórica, pues es la dimensión interpelante que contiene aquello que le obliga y le exige, en su caso, a un obrar concreto.

Desde la perspectiva de Torres (2014) se interpreta cómo Ellacuría hace apropiación de su historia en clave popular (p. 36). Es una historia que está permeada por el devenir de las mayorías

populares de El Salvador en su clamor de justicia y liberación. De ahí que tal historicidad se configura para Ellacuría en lugar epistémico y político, el cual moviliza su praxis intelectual e histórica a los niveles filosóficos, teológicos, políticos y universitarios que alcanzó. Pero, además, dinamiza el todo de su vocación cristiana y jesuita, la cual es fruto de la experiencia mistagógica que vive a lo largo de sus trayectorias formativas. Con lo anterior, se reconoce en esta historicidad un horizonte teológico y pedagógico que forma a Ellacuría desde la profundidad de su espiritualidad cristiana. Una historicidad que, al decir de Torres (2014), se configura desde tres aspectos específicos:

(...) en primer lugar, [desde la posibilidad de] reconocer la historicidad de los sectores populares, como constructores permanentes de su historia, dentro de los marcos de posibilidad de los contextos en los que actúan. (...) En segundo lugar, implica admitir que los sectores populares mantienen una relación activa con su pasado a través de múltiples estrategias de elaboración y activación de su memoria colectiva. (...) En tercer lugar, que los sujetos populares no solo tienen poder de actuación histórica y saber histórico de su pasado, sino también que pueden ser productores de conocimiento histórico sobre y desde su acción histórica (Torres, 2014, pp. 35-36).

El desplazamiento práxico y teórico hacia una pedagogía histórica, a la luz del carácter pedagógico de Ellacuría, demuestra que la realidad histórica es maestra y es acto pedagógico (Santamaría-Rodríguez y Nieto-Bravo, 2024, pp. 234-237). Este desplazamiento posibilita una hermenéutica de la realidad histórica como dimensión pedagógica de la persona, la cual en su densidad, contenido y dinamicidad, es la que configura el accionar de los sujetos de la historia.

Para Ellacuría, la experiencia mistagógica que vivió junto a sus maestros le llevó a desentrañar el misterio contenido en su realidad desde su horizonte de fe. En ello desplegó una praxis intelectual e histórica concreta, con voz profética, con acento popular y con interés liberador y salvífico. Con esto, se infiere que en Ellacuría operó el criterio de su espiritualidad. Una espiritualidad que “no es una evasión, ni siquiera una concomitancia paralela, sino reflejo y animación de una acción y de unas obras a las que aporta espíritu, pero de las que recibe aliento” (Ellacuría, 2000a, pp. 27-28), y que en su caso, está configurada por el discernimiento espiritual, teológico y discipular-eclesial que articuló su vida por el lugar histórico que habitó, que lo interpeló

y en donde obró hasta su martirio. Es en ello como se constata el desplazamiento práxico-teórico que su carácter pedagógico establece hacia esta pedagogía histórica.

Desplazamiento práxico-teórico hacia una pedagogía orgánica

Los desplazamientos práxico-teóricos hacia una pedagogía testimonial e histórica, a partir de la identificación del carácter pedagógico de Ignacio Ellacuría, confirman la forma en que su legado es acto pedagógico, todo él permeado por el hontanar que define su existencia a partir de su vocación cristiana y jesuita. La síntesis de vida que el Mártir salvadoreño constituye en su martirio, así como la dimensión mistagógica que orienta su praxis de fe establecen estos desplazamientos en cuanto criterio pedagógico decolonial (Ortiz, Arias y Pedrozo, 2018, pp. 85-96), cuyo sustento es el ámbito biográfico, intelectual, histórico y práxico aquí representado.

En razón de lo anterior, el carácter pedagógico que subyace al legado ellacuriano permite inferir un desplazamiento adicional. Este se comprende según una perspectiva orgánica (Giroux, 2001, pp. 60-66, Giroux, 1997, pp. 168-170). Así pues, no sólo son los criterios de interpretación pedagógica que se realizan por efecto de las trayectorias formativas que Ellacuría vive junto a sus maestros y a lo largo de su vida. Ni tampoco es una apropiación exclusiva del dinamismo de historicidad que está contenido en su praxis intelectual e histórica fruto de su vocación aquello que infiere su carácter pedagógico. Es, al mismo tiempo, la hermenéutica que se realiza a partir del dinamismo psico-orgánico que integra la vida del Mártir salvadoreño, el cual deriva en los criterios intelectivos, éticos y práxicos que lo configuran como persona y personaje.

A partir del entramado de realidad en que vive Ellacuría y según las hábitos que allí adopta, despliega su dimensión psico-orgánica a nivel biológico, personal, social e histórico. Es en este sentido como se comprende la actuación de Ellacuría como configuradora de la historia, y de manera particular, de su realidad histórica salvadoreña. En coherencia con los argumentos que propone sobre el sujeto de la historia, aquí se confirma aquello que establece cuando indica: “el sujeto de esta historia es la humanidad entera, la especie humana entendida en toda su amplitud, complejidad y unidad; y es ese sujeto histórico, no sólo colectivo, sino unitario, el que es portador de la historicidad trascendentalmente abierta” (Ellacuría, 2000a, p. 604).

En cuanto sujeto de la historia, Ellacuría es representación de la humanidad entera y de la historicidad humana en su posibilidad de trascendencia según el lugar personal, social e histórico

que habitó. Es en ello como se amplía el horizonte de interpretación pedagógica a su legado hacia una dimensión orgánica. De forma especial porque luego de su martirio en 1989, un amplio espectro de pesquisas situó la mirada en su identidad como sacerdote y jesuita en la Compañía de Jesús, y en tanto profesor, rector y analista político de la UCA en El Salvador. Así mismo, por lo que se identifica a través de sus escritos en cuanto expresión de su dimensión intelectual a nivel filosófico, teológico, político y universitario. Con lo anterior, es preciso señalar aquí que estas pesquisas definen cómo la dimensión vocacional y práctica del Mártir salvadoreño tuvo como eje constitutivo “la dedicación personal a la tarea de liberar a los oprimidos” (Sobrino, 1994, p. 16). Una tarea que realizó a tal punto que involucró la totalidad de su cuerpo, su mente y su espíritu.

Es importante insistir en la memoria que Ellacuría realiza de sus maestros. Por su influjo espiritual, humanista, existencial, teológico, filosófico y discipular, la dimensión heterónoma de su formación (*bildung*) con los padres Miguel Elizondo, S.J., Aurelio Espinosa, S.J., Ángel Martínez, S.J., y Karl Rahner, S.J., con su profesor Xavier Zubiri y con Monseñor Óscar Arnulfo Romero constata un impacto en doble vía. Por un lado, ocurre en su vocación cristiana y jesuita. Aspecto que se verifica al ahondar en los fundamentos de su fe: el seguimiento histórico de Jesús en cuya base está el discernimiento espiritual según un modo ignaciano y cristiano aprehendido en la espiritualidad, el humanismo, la poesía, la filosofía, la teología y el discipulado. Del otro, este ámbito heterónimo incide en su plano cognitivo y metacognitivo. O sea, en el marco de su dimensión intelectual, de la honradez ética que supuso para él aprehender su realidad según los criterios que estableció y de la voluntad práctica que definió por efecto de su fe.

Así pues, al criterio de incidencia de sus maestros, o mejor, del testimonio espiritual y de fe que aquellos comunican a través de sus vidas y de lo que realizan en los ámbitos espirituales, intelectuales y eclesiales-pastorales, se suma el factor orgánico. Este último mediado por el plano cognitivo que despliega en sus trayectorias formativas a la par del conocimiento que apropia de sus maestros. Pero también, del plano metacognitivo a nivel de la aprehensión y despliegue de tal conocimiento espiritual, humanista, filosófico, teológico y discipular en el marco intelectual y práctico que caracterizó su vocación cristiana y jesuita. Con todo, al decir de Giroux (1997),

(...) hablamos de intelectuales orgánicos en el sentido de que *no* son individuos que aporten teoría a las masas desde fuera. Por el contrario, se trata de pensadores fundidos orgánicamente con la cultura y las actividades prácticas de los oprimidos. Más que

distribuir esporádicamente conocimientos a las masas agradecidas, los intelectuales se funden con los oprimidos con el fin de establecer y adaptar las condiciones necesarias para un proyecto social radical (Giroux, 1997, p. 169).

La heteronomía que se instaura en las trayectorias formativas de Ellacuría también se debe reconocer en su realidad histórica. Sobre el entendido que aquella es “la totalidad de la realidad tal como se da unitariamente en su forma cualitativa más alta”, y al tiempo en que “esa forma específica de realidad es la historia, donde se nos da no sólo la forma más alta de realidad, sino el campo abierto de las máximas posibilidades de lo real” (Ellacuría, 2007, p. 43), el criterio formativo que en ella se interpreta es fundamental.

A partir de los principios de concienciación, autoindagación e historicidad que configuran el legado de Ignacio Ellacuría, situar la mirada en el criterio formativo que procede de la realidad histórica implica entender que es ella en su densidad un lugar que adquiere relevancia por el contenido de su dimensión material, personal, social e histórica. No es en vano que sitúe la realidad histórica como “lugar-que-da-verdad”, “lugar más preñado de verdad” (Ellacuría, 1991, pp. 115-116), así como tampoco, que la comprenda como “lugar” social, político y teológico en el cual se manifiesta y revela el misterio del Dios de Jesús (Ellacuría, 2000a, pp. 157-161).

Si bien Ellacuría comprende la realidad en su integridad biológica, física, personal, social e histórica, aquella es trascendente por el fruto de la actuación humana que a nivel personal y social allí está contenido. Una actuación cuyo reflejo principal no es la realización plena de la humanidad, puntualmente, la salvadoreña. Es todo lo contrario. Un proceder humano cuyo efecto principal es el sufrimiento, la exclusión y la marginalidad de las mayorías populares, ante la cual no existe acción distinta en él que la de emprender una praxis intelectual e histórica como aporte a su liberación, salvación y transformación (Ellacuría, 1991a, pp. 317-318).

La dimensión formativa (*bildung*) que se establece sobre la realidad histórica tiene así un planteamiento ulterior. Su sentido heterónimo no es un condicionamiento o una coacción moral para Ellacuría. Más bien, es interpelante a la luz de su vocación cristiana y jesuita. De ahí que adquiriera sentido su identidad mistagógica tanto por el acontecimiento místico que en ella opera como por la implícita experiencia teológica y pedagógica que trae para el Mártir salvadoreño (Kariatlis, 2023, pp. 3-21, Melley, 2021, pp. 85-88, Elshof, 2017, pp. 144-149). Sólo así se comprende que el criterio formativo de la realidad histórica está determinado por la verdad que

comunica. Una verdad que se manifiesta en el empobrecimiento, sufrimiento, dolor, opresión y marginalidad de las mayorías populares de El Salvador, y en la forma como esta realidad es para él criterio de interpelación intelectual y práxico desde su opción de vida.

La dimensión formativa (*bildung*) de la realidad histórica sólo es posible comprenderla a partir del plano vocacional que define la vida de Ellacuría. De no ser así, probablemente se asumiría esta realidad como monolítica, y con ello, sin sentido alguno (Ellacuría, 2007, p. 46). Es así como el carácter pedagógico que procede del legado del Mártir salvadoreño está mediado por factores externos a su vida como son sus maestros y la realidad histórica. Un carácter que si bien tiene un plano de incidencia heterónoma, concomitantemente también asume uno autónomo en él. Este último, reflejado a nivel de su habitud espiritual, del sentido humano y existencial que allí lo involucra como persona, del plano analítico a nivel filosófico y teológico que despliega, y del ser y quehacer discipular de acuerdo con el horizonte de su fe cristiana.

Las trayectorias formativas, que por su naturaleza son las trayectorias vitales de Ellacuría, constatan un desplazamiento práxico-teórico testimonial e histórico por influjo de sus maestros y de su realidad. Dicho testimonio e historicidad son anamnesis de la forma en que sus maestros y su realidad incidieron en su existencia. Pero también, son memoria del ámbito intelectual y práxico que despliega de acuerdo a los fundamentos de su vocación cristiana y jesuita. Así se comprende que su martirio no es un acontecimiento ajeno a su vocación. Es, más bien, la constatación de que todo su obrar estuvo determinado por lo que influyó y fue su vida.

Este horizonte testimonial y de historicidad es condición de posibilidad para determinar el desplazamiento práxico-teórico hacia una pedagógica orgánica. Esto último ya que en Ellacuría si bien puede que hubiese ocurrido un sentido de transmisión de ciertos aspectos sobre la espiritualidad, el humanismo, la filosofía, la teología y el discipulado, la verificación de que sus trayectorias formativas cobran efecto de forma histórica y trascendente es el criterio autónomo que define su praxis intelectual e histórica.² Es allí en donde Ellacuría le otorga una nota particular a

² La verificación del dinamismo formativo que configura la vida y el legado de Ellacuría se debe interpretar sobre el criterio de verificación histórica de los conceptos que él mismo establece en el horizonte de los derechos humanos. En este sentido, si el Mártir salvadoreño indica que: “La historización consiste (...) en probar cómo se da, en una realidad histórica determinada, lo que formalmente se presenta como bien común y como derechos humanos y en mostrar cuáles son los mecanismos por los cuales se impide o se favorece la realización efectiva del bien común” (Ellacuría, 2001, p. 219). En su núcleo, la verificación histórica de su dimensión formativa a nivel heterónimo y autónomo en aquello que abarca su praxis intelectual e histórica se configura a partir del método que para ello define a nivel del efecto de los derechos humanos: “a) la verificación práxica de la verdad-falsedad, justicia-injusticia, ajuste-desajuste que se da del derecho proclamado, b) la constatación de si el derecho sirve para la seguridad de unos pocos y deja de ser efectivo para los demás, c) el examen de las condiciones reales, sin las cuales no tienen posibilidad de

su formación (*bildung*), puesto que al situarse en lo vocacional, eclesial e intelectual, toda ella se despliega en función del entramado de realidad en el que vivió, se sintió interpelado y fue martirizado por efecto de su obrar profético, liberador y salvífico.

A la luz de estos planteamientos se instaura el desplazamiento práxico-teórico hacia esta pedagogía orgánica. Su componente principal está en la implicación de Ellacuría como sujeto de la historia. Y, en ello, como intelectual orgánico por el despliegue que su praxis intelectual e histórica contribuye al proceso de liberación y salvación de las mayorías populares. La tesis de Giroux (1997) aquí adquiere relevancia. Particularmente, porque en la persona y el personaje que Ellacuría representa existe un intelectual historizado (Santamaría-Rodríguez y Nieto-Bravo, 2024, p. 236), implicado desde su sentir y su pensar con su realidad (Fals, 2002), determinado por el ámbito de concienciación e indignación ante la densidad de lo real verificado en el ‘Pueblo crucificado’ (Freire, 1979, pp. 15-19) y movilizado hacia una praxis solidaria según su vocación cristiana y jesuita en conjunto con las resistencias y re-existencias que las mayorías populares salvadoreñas gestaban en el tiempo en que vivió y fue asesinado (Walsh, 2022, pp. 468-469).

Es aquí en donde la dimensión histórica y mistagógica de la realidad comprueba lo que Ellacuría explica a través de las triadas que definen al sujeto de la historia. En primer lugar, a nivel psico-orgánico por el despliega biológico de su intelección sentiente, su voluntad tendente y su sentimiento afectante. En segundo lugar, a nivel personal y social de este sujeto (*phylum humano*) por el ámbito de la transmisión tradente, la actualización de posibilidades y el proceso creacional de capacidades. En tercer lugar, por la configuración histórica de su identidad en tanto agente, actor y autor de su realidad. Y, en cuarto lugar, en coherencia al carácter de apertura de la realidad a partir de la acción que le supone hacerse cargo, cargar y encargarse de ella.

La implicación histórica y la experiencia mistagógica del Mártir salvadoreño verifica que toda su habitud está mediada por el horizonte biológico, material, personal, social e histórico de su existencia. Con todo, es el carácter interpelante de su realidad, aquel que lleva a Ellacuría al despliegue de sí en la totalidad orgánica que es. Al mismo tiempo, es por la dimensión política, teológica y teologal como esta realidad define el criterio espiritual y pedagógico de su existencia.

realidad los propósitos intencionales, d) la desideologización de los planteamientos idealistas, que en vez de animar a los cambios sustanciales, exigibles para el cumplimiento efectivo del derecho y no sólo para la afirmación de su posibilidad o desiderabilidad, se conviertan en obstáculos del os mismos, e) la introducción de la dimensión tiempo para poder cuantificar y verificar cuándo las proclamaciones ideales se pueden convertir en realidades o alcanzar, al menos, cierto grado aceptable de realización” (Ellacuría, 2001, p. 434).

Aspecto que en últimas es el que le lleva a dejarse cargar por ella (Sobrino, 2010). Puntualmente, por el carácter de la praxis histórica de liberación y salvación de las mayorías populares. Mayorías que son para Ellacuría, “lugar auténtico” de la revelación del Dios cristiano por su carácter histórico, escandaloso, apocalíptico y profético (Ellacuría, 2000a, pp. 148-153) y realidad propicia que configura el ámbito de su espiritualidad y praxis cristiana.

La espiritualidad y praxis de Ellacuría, mediadas por su vocación cristiana y jesuita, tiene una configuración en cuatro aspectos. El primero es a modo biográfico, intelectual y práxico en el legado que abarca su vida y martirio, y que en lo concreto de su actuación humana “acompaña a todas esas luchas históricas, que se están dando” en su realidad histórica (Ellacuría, 2000a, p. 27). El segundo señala una espiritualidad que de conformidad a “lo que debe ser el hombre de Iglesia, conforme a la teología de la liberación, [supone que sea] contemplativo en la acción, pero no en cualquiera, sino en la acción liberadora” (Ellacuría, 2000a, p. 27). El tercero indica una espiritualidad que para él “no es una evasión, ni siquiera una concomitancia paralela, sino reflejo y animación de una acción y de unas obras a las que aporta espíritu, pero de las que recibe alimento” (Ellacuría, 2000a, pp. 27-28), particularmente a nivel de fe, teológico, espiritual e histórico. Por último, el cuarto aspecto, el cual supone una espiritualidad que está mediada por la siguiente pregunta: “¿qué acción es la que me exige la realidad en este proceso de liberación integral?” (Ellacuría, 2000a, p. 28), la cual le obliga a definir una praxis que en su base le exige “ser contemplativo. Es decir, ahí, en esa acción, ver qué de Dios hay, cómo Dios se hace presente ahí, cómo se siente a Dios en ese lugar” (Ellacuría, 2000a, p. 28).

El desplazamiento práxico-teórico hacia una pedagogía orgánica a partir de los criterios expuestos, constata que su base está en la dimensión heterónoma y autónoma que subyace a las trayectorias formativas de Ellacuría con sus maestros y en el plano de su realidad. Tal pedagogía acontece en su praxis intelectual e histórica, la cual es expresión y continua configuración de su vocación cristiana y jesuita. En donde, además, se asume y exige una aprehensión desde aquello que para Ellacuría fue fundamental: la vivencia de su fe y su espiritualidad cristiana según el modo ignaciano de la Compañía de Jesús y la densidad de su realidad histórica salvadoreña. Con todo, este desplazamiento establece una pedagogía que, antes de ser categorial, es vital. Es una pedagogía cuyo criterio de enseñanza y aprendizaje está dado en el contenido del legado, en el ámbito de la praxis intelectual e histórica de Ellacuría, así como también en el nivel de aprehensión que ha generado a más de treinta y cinco años de su martirio.

Por lo demás, es un desplazamiento práxico-teórico que, en fidelidad a la persona y al personaje que Ellacuría representa, sitúa la mirada en la coherencia de su vida. Es gracias a este argumento como se insiste en su martirio, pues este sólo ocurre por el sentido que tiene su vida a la luz de su fe cristiana, y por tanto, por el compromiso que allí opta en razón del sentido del Evangelio, del seguimiento de Jesús y del deseo (*ágape-eros*) de hacer efectivo este mensaje en el plano humano e histórico. O sea, aportando a la liberación del pueblo marginado y oprimido, pero al mismo tiempo, siendo contributivo y partícipe de su salvación. Esto último, no desde un horizonte mesiánico ni de predestinación en el que el asumiera la voz de líder y de pastor de este pueblo. Más bien, desde la historicidad de la salvación del pueblo sufriente, que en el plano de su resistencia y re-existencia, busca continuamente transformar y trascender el transcurso de la realidad histórica hacia mejores formas de estar en ella (Sanginés, 2010).

Con todo, es un desplazamiento que enfatiza en la dimensión decolonial de la pedagogía (Walsh, 2023, pp. 521-526). En tiempos en los que los intereses tecnócratas, representados en: a) trazas neoliberales de los sistemas educativos, b) lógicas de analfabetismo mediadas por criterios políticos y curriculares que anulan el pensamiento consciente y crítico, c) formas de capitalismo cognitivo y d) acciones de aislamiento intelectual y de exterminio socio-cultural sustentados en ideologías nacionalistas, raciales y religiosas, este desplazamiento gira hacia lo humano, lo ético y lo trascendente. De forma concreta, a los factores que constituyen el ámbito orgánico del sujeto de la historia según su dimensión material, personal, social, histórica y trascendente y el modo en que adquiere concreción y realización según el modo en que siente, entiende y actúa en la realidad.

A la luz de Ellacuría, tales factores se configuran de acuerdo al modo como él allí experimenta la presencia y el obrar del Dios de Jesús. Aspectos que se articulan desde abajo, en el lugar de la marginalidad, de la opresión, y de la exclusión. Al tiempo que es una experiencia de la cual se enuncia la fuerza histórica de las mayorías populares como lugar social, político, teológico y teologal del acontecer de Dios a la luz de su experiencia de fe. Y, por tanto, como lugar que le exige desplazar su vocación cristiana y jesuita hacia una dimensión de historicidad en cuya base se ve obligado a involucrarse en la totalidad psico-orgánica de su existencia.

El desplazamiento práxico-teórico hacia una pedagogía orgánica corrobora la forma en que el carácter pedagógico de Ignacio Ellacuría es un acto pedagógico mediado por su ser histórico. En ello se integran el criterio testimonial y de historicidad descritos, en donde la implicación orgánica de su existencia cobra sentido por su conciencia como sujeto histórico, y en coherencia

de ello, por la implicación, aprehensión y metacognición vital, histórica y práxica que acontece desde el lugar que define su vocación cristiana y jesuita.

Desplazamiento práxico-teórico hacia una historización del sujeto pedagógico

Los desplazamientos hacia una pedagogía testimonial, histórica y orgánica, desde el carácter pedagógico que se identifica en Ellacuría, hacen emerger “pedagogías otras” (Ortiz, Ariza y Pedrozo. 2018, pp. 77-85). Esto es, pedagogías que nacen en los bordes de la realidad, en la exclusión y marginalidad, en los cuerpos y territorios violentados y segregados por los sistemas de poder. Al establecer tales pedagogías desde este carácter pedagógico, se insiste en su sentido crítico, dialógico y problematizador y el modo como define las bases “para pensar una[s] pedagogía[s] ‘otra[s]’ – no otra[s] pedagogía[s] – [cuyo fin sea] retar, desafiar, afrontar, hacerle frente abiertamente y resistir las diversas colonialidades que limitan [la] existencia cotidiana: la colonialidad del saber, del poder, del ser y del vivir” (Ortiz, Ariza, Pedrozo, 2018, p. 79).

El legado de Ignacio Ellacuría constata lo anterior. Su verificación histórica está en su martirio. Fruto de su implicación vocacional como cristiano y jesuita, Ellacuría desplegó a nivel intelectual y práxico la totalidad de su existencia en la tarea de contribuir a la liberación y salvación de las mayorías populares. En lo propio de estas pedagogías, lo que en ellas emerge no es una configuración conceptual. Según lo expuesto, sus bases están en el acto pedagógico que procede del ámbito testimonial, histórico y orgánico que se interpreta en su praxis histórica.

Las hábitos que Ellacuría configuró fruto de su relación con sus maestros fueron el modo para hacer frente a su realidad. En el plano de la libertad de espíritu, de la heterodoxia metodológica, del deseo de síntesis existencial, de la unidad de sentido estructural de la persona y de la realidad, de la dimensión biográfica de la experiencia de fe y del dinamismo discipular y eclesial de su vocación, el Mártir salvadoreño encontró el modo por el cual asumió su realidad. Es allí como los criterios de concienciación, criticidad y praxis adquieren relevancia, pues es a la base de la operatividad biográfica de aquello que explica a nivel metafísico y espiritual, como adquiere sentido su vida, y en ello, la inferencia de un carácter pedagógico representado según el criterio de enseñanza y aprendizaje contenido en su dimensión testimonial, histórica y orgánica.

Con todo, es en razón de los desplazamientos expuestos como el legado de Ellacuría constata un sentido pedagógico. En la amplitud de análisis alrededor de su persona, así como de

su legado filosófico, teológico, político y universitario, el acto pedagógico que es él mismo potencia su dimensión intelectual y práxica. Según fue expuesto, las trayectorias formativas del Mártir salvadoreño son diacrónicas y sincrónicas a su vida en la Compañía de Jesús, a su labor intelectual y académica en la UCA de El Salvador y a su accionar eclesial y discipular. Estas trayectorias se configuran gracias al despliegue de sí como cristiano, sacerdote jesuita, profesor, rector y analista político. Lo que a su vez permite definir que es en la progresión de su dimensión biológica, personal, social e histórica como su vocación adquirió concreción histórica.

Las “pedagogías otras” que emergen al identificar su carácter pedagógico situado en sus trayectorias formativas y en su dinamismo intelectual y práxico, constata la dimensión decolonial que subyace al pensamiento pedagógico latinoamericano (Mignolo y Walsh, 2018, pp. 88-96).³ Al mismo tiempo, verifica que en estas pedagogías se acuña “un conocimiento científico que no responde a la academia” (Ortiz, Ariza, Pedrozo, 2018, p. 76), sino a un saber cuya episteme tiene por lugar social, político e histórico la praxis histórica de las mayorías populares. De esta forma, se comprueba cómo dichas pedagogías “deriva[n] de un sentir-pensar-actuar que representa a los subalternos” (Ortiz, Ariza, Pedrozo, 2018, p. 76) y que, según el carácter pedagógico del Mártir salvadoreño, aquel está en el todo orgánico de su vida y en el criterio interpelante de la realidad.

El carácter pedagógico de Ellacuría ha sido identificado tras el análisis de su legado. Su comprensión abarca el ámbito de enseñanza y aprendizaje que está implícito a sus trayectorias formativas con sus maestros, en la dimensión intelectual que instaura desde plano filosófico y en el dinamismo práxico que expresa en su vocación cristiana y jesuita. Con todo, es un carácter interpretado desde su dimensión biográfica, histórica y martirial; el cual, a su vez, señala la emergencia de estas pedagogías por la matriz liberadora, crítica, decolonial y emancipadora allí contenida. Esto último, no tanto porque en él exista una idea pedagógica de igual índole. Sino por el ámbito personal, social e histórico de actuación que describe a este carácter.

³ Los argumentos que presentan Mignolo y Walsh (2018) al respecto de la pedagogía latinoamericana, puntualmente a partir de la perspectiva de Freire, como base de una dimensión pedagógica decolonial son los siguientes: “Pedagogy is understood here in the sense established by Paulo Freire, which is as an essential and indispensable methodology grounded in peoples’ realities, subjectivities, histories, and struggles. It is in the social, political, epistemic, and existential contexts of struggle that “leaders and peoples, mutually identified, together create the directive lines of their action [educational, political, and of liberation],” Freire said. As I have argued elsewhere, social struggles for Freire are pedagogical settings of learning, unlearning, relearning, reflection, and action. The educational nature of struggle is what interested Freire most, along with the pedagogical practice of working toward individual and collective liberation.¹² This is an engaged pedagogy. As bell hooks argued a number of years ago, it emphasizes an integral notion of well-being and of healing” (Mignolo y Walsh, 2018, p. 88).

La verificación histórica del carácter pedagógico de Ellacuría (Ellacuría, 2001, pp. 207-226, Ellacuría, 2001, pp. 434-446), tiene concreción en el escenario universitario de la UCA. La razón de ser de Ellacuría es su vocación cristiana y jesuita, la cual se desarrolla de múltiples formas en su vida en la Compañía de Jesús y en el ámbito eclesial, social e histórico salvadoreño (Sols, 1999, pp. 21-52). Así las cosas, es en lo particular del contexto universitario como su carácter ofrece una dimensión sistémica. Esto último, porque es en este lugar donde él despliega sus hábitos según el modo que adopta para inteligir sentientemente su realidad, y en respuesta a la densidad que la compone, operar a modo volitivo y afectivo.

Con lo anterior, se insiste en que en Ellacuría no existe ningún tipo de indagación pedagógica a nivel teórico. Sí se constata su rol como formador del Seminario ‘San José de la Montaña’ (San Salvador), de los novicios de la Compañía de Jesús, y en tanto profesor y rector de la UCA. Así pues, su carácter pedagógico se comprueba en lo que Sols (1999) afirma al reconocer que siendo rector desde 1979, convirtió “a la UCA no sólo en una universidad de gran prestigio intelectual, sino en el centro al que había que acudir necesariamente para tener información fidedigna sobre El Salvador” (p. 44). De igual forma, en la universidad que forjó, pues su objetivo era “formar profesionales que, imbuidos de la pasión por la justicia, fuesen capaces de trabajar realmente por su pueblo y cambiar la sociedad” (Sols, 1999, p. 44).

En razón de lo anterior, se constata en dos de sus obras (Escritos universitarios, 1999 y Cursos universitarios, 2009) la finalidad pedagógica de la UCA y el rigor que ejerció como profesor a partir de los cursos que impartió. Sobre la universidad, Ellacuría define como sus aspectos identitarios el cambio social, el talante académico y la inspiración cristiana. Para los cursos universitarios, indica su sentido conceptual y analítico alrededor de temas filosóficos, antropológicos, éticos, metafísicos y políticos. Con todo, es relevante insistir en que su carácter pedagógico allí se verifica. Más que por un corpus de ideas sobre la enseñanza y el aprendizaje, aquello se infiere es su modo de proceder según el dinamismo histórico, intelectual y práxico que desplegó a partir del rol pedagógico que asumió en la UCA de El Salvador.

Las trayectorias formativas de Ellacuría adquieren aquí un valor capital. Tras identificar su carácter pedagógico, así como los desplazamientos práxicos y teóricos hacia pedagogías otras, la persona y el personaje que representa establecen su identidad como sujeto pedagógico. Si bien tal identidad se configura desde su ámbito biográfico, intelectual, ético, práxico y martirial, tiene concreción en el lugar pedagógico que representa la UCA. Dado lo anterior, es sugerente presentar

lo que de ella define, puesto que si tal identidad emerge de sus trayectorias formativas y del rol pedagógico que allí ejerce, la razón de ser de la UCA explicita los desplazamientos testimonial, histórico y orgánico que subyacen a la interpretación pedagógica de su legado.

La UCA pretende el cambio social y es el cambio social el que configura su modo de ser universidad. En y ante una situación real de opresión estructural de la mayoría del pueblo salvadoreño, la UCA debe buscar, ofrecer y apoyar universitariamente los procesos que propicien una convivencia más justa, libre y solidaria en El Salvador y Centroamérica (Ellacuría, 1999, pp. 106-107).

Este carácter universitario lo ha descrito la UCA, cuando se ha referido a sí misma como conciencia crítica y creadora de la realidad salvadoreña, entendiendo conciencia como un saber específico sobre y a partir de la propia realidad. Es obvio que la universidad tiene que ver con la ciencia, como forma específica de racionalidad. Pero esa ciencia quiere estar dirigida a conseguir un saber consciente sobre el pueblo, su realidad y sus problemas, que sea al mismo tiempo un saber útil para que ese mismo pueblo pueda caminar hacia su liberación (Ellacuría, 1999, p. 109).

El testimonio más explícito de la inspiración cristiana de la UCA será ponerse realmente al servicio del pueblo, de modo que en ese servicio se deje orientar por el mismo pueblo oprimido. Esto la hará ver y denunciar lo que de pecado hay en nuestra realidad, la impulsará a crear modelos que históricamente correspondan mejor al reino de Dios y la hará desarrollar actitudes típicamente cristianas como son la esperanza operativa, la pasión por la justicia, la entrega generosa a los demás, el repudio de los medio violentos, etc. (Ellacuría, 1999, p. 111).

La perspectiva tripartita que Ellacuría establece sobre la universidad señala un criterio identitario, ético y práxico. Es claro cómo establece allí un modo de proceder de la UCA en relación a la realidad salvadoreña. La particularidad de esta apreciación es la forma en que Ellacuría historiza la actividad universitaria, ya que no significa “el abandono de lo universitario

en favor de lo político, sino tan sólo una mejor orientación de lo universitario” (Ellacuría, 1999, p. 107). Esto último, ante la necesidad de aportar a su justa configuración.

La idea y praxis de universidad que establece Ellacuría remite a su identidad como sujeto pedagógico. Al reconocer que “la estructura social salvadoreña hace del estamento universitario una franja mínima y elitista, cuya popularización no consiste en una ampliación”, Ellacuría sugiere una transformación para “la universidad [en la cual] se configure lo más posible según las exigencias reales de lo que son las mayorías populares” (Ellacuría, 1999, p. 111). A la luz del pensamiento pedagógico latinoamericano, su identidad como sujeto pedagógico asume un talante crítico, popular e histórico (Mejía, 2011). Esto último, ya que si bien supone superar los órdenes excluyentes de la sociedad salvadoreña, este verifica su rol pedagógico y el modo como allí involucra su praxis intelectual e histórica.

Para Ellacuría (1999), “la UCA cobra conciencia de que su misión no puede ser solamente un servicio al pueblo, sino de una manera más peculiar, y en la medida de lo posible, un servicio desde el pueblo” (p. 111). Esto significa que la función de la universidad no está aislada de la sociedad en la cual está inserta. Es, más bien, una concreción de su naturaleza que hace énfasis en su sentido social a partir de las necesidades, realidades e intereses de la sociedad.

La apreciación de Ellacuría sobre la UCA exige “que la universidad [no] deje de [ser ella misma], como si la forma de que el pueblo se convierta en sujeto operante consistiera en su presencia física en las aulas universitarias” (Ellacuría, 1999, pp. 109-110). En conciencia de las limitantes impuestas a la universidad por las élites salvadoreñas para que no tenga alcance popular, Ellacuría expresa la necesidad de que esta institución desarrolle a plenitud su conciencia crítica y creativa a través del pluralismo científico y de la generación de conocimiento como aspectos sustantivos para aportar en la superación de las necesidades de la sociedad.

La identificación del carácter pedagógico de Ellacuría, los desplazamientos que a nivel práctico-teórico genera hacia “pedagogías otras”, su identidad en cuanto sujeto pedagógico desde su persona y personaje, así como la praxis social, académica y cristiana que define para la UCA dan razón del acto pedagógico que subyace a su legado. Los aspectos analizados sitúan el carácter pedagógico en el plano biográfico, intelectual y práctico del Mártir salvadoreño. Ahora bien, al incluir el plano histórico, social y político representado en la universidad, este carácter genera un desplazamiento hacia la historización del sujeto pedagógico como resultado del acto pedagógico que allí emerge por efecto de su testimonio, historicidad y praxis.

Este desplazamiento tiene de base la subjetividad (Torres, 2008, pp. 88-92).⁴ De esta forma, si aquello que se interpreta en Ellacuría es que la UCA contribuya a una causa superior: aportar a la trascendencia de la realidad histórica desde el compromiso ético e histórico que la identifica, no sólo asume profundidad el carácter social, académico y de inspiración cristiana de la UCA, sino también, la dimensión de historicidad de quienes la integran, y por tanto el plano de realización crítico, creativo y popular que allí se proyecta.

La verificación histórica de lo que Ellacuría establece sobre la UCA demuestra que él no es un teórico de la educación. Sin embargo, sí tiene claridad de su función académica, humana, social, política e histórica. Allí es como se instaura el desplazamiento hacia la historización del sujeto pedagógico, pues todo él, implicado de manera material, personal, social e histórica en él mismo, se explicita en la misión de la UCA. Esto es, una universidad que tenga función popular, al tiempo que sea científica, crítica y creativa, y cuyo efecto sea ofrecer las posibilidades y capacidades necesarias para la realización histórica de las mayorías populares.

Si la universidad se entendiera como busca utópica de una verdad intemporal, podría pensarse que su misión fuera unívoca; pero si la universidad se entiende como servicio al pueblo que le da ser, entonces ha de entenderse como función estrictamente histórica. Su realización universitaria puede ser profundamente diversa en situaciones dispares. Lo que en cada caso determine su historicidad será la situación histórica del pueblo al que debe servir (Ellacuría, 1999, p. 20).

El desplazamiento práxico-teórico hacia una historización del sujeto pedagógico tiene razón de ser en la dimensión formativa que procede de la persona y el personaje que es Ellacuría. Es un desplazamiento que sitúa a este sujeto en su dimensión práxica, la cual adquiere identidad sistémica si se configura desde su entramado material, personal, social e histórico. El legado del Mártir salvadoreño verifica lo anterior en razón de su praxis intelectual e histórica situada en la UCA. De igual forma, por el carácter pedagógico que subyace a su legado. Así como también por

⁴ Al respecto de la subjetividad, Torres (2008) establece el siguiente argumento: “La categoría de subjetividad está estrechamente relacionada con los procesos culturales de construcción de sentido, de pertenencia e identificación colectiva, dado que involucra un conjunto de normas, valores, creencias, lenguajes y formas de aprehender el mundo, conscientes e inconscientes, físicas, intelectuales, afectivas y eróticas, desde los cuales los sujetos elaboran su experiencia existencial, sus propios sentidos de vida” (p. 89).

el acto pedagógico que allí se establece fruto de la cohesión testimonial de su vida, de la historización de su vocación y del despliegue psico-orgánico de sí.

Al reconocer el ámbito subjetivo de este desplazamiento, se infiere su concreción en el escenario educativo. Desde el legado de Ellacuría, aquel historiza su subjetividad según su praxis intelectual e histórica. Así como también, en la función pedagógica que la UCA establece. En ello adquiere validez el énfasis social de la universidad, ya que al establecer que “por proyección social debe entenderse estrictamente lo que de la labor universitaria llega directamente a la sociedad” (Ellacuría, 1999, p. 86), se insiste en su historicidad. Sobre todo porque si bien tiene por finalidad crear conocimiento, esto no supone evadir la realidad. A la luz de este legado, es la experiencia mistagógica de la realidad el “lugar más preñado de verdad” (Ellacuría, 1991, p. 116), y por tanto, el lugar en el cual debe explicitar su dimensión identitaria, ética y práxica.

Detrás de estos argumentos, lo que opera en el carácter pedagógico de Ellacuría y en los desplazamientos práxico-teóricos que genera hacia pedagogías otras es el criterio subjetivo de concienciación, reflexión y praxis. Tras afirmar que “la universidad debería intentar poder ser, a través de medios precisos, uno de los determinantes de la conciencia colectiva” (Ellacuría, 1991, p. 87), su identidad como sujeto pedagógico involucra el ámbito psico-orgánico a nivel material y personal, así como el criterio social e histórico que despliega en la estructura universitaria. Así se comprueba el hecho de que “en orden a formar esa conciencia colectiva, la universidad debe poner en juego lo que es el poder del saber, si es que el saber se entiende operativamente como poder transformador y no como pura repetición acrítica” (Ellacuría, 1999, p. 86).

La universidad debe contribuir a la liberación de las mayorías populares. Según se infiere de este desplazamiento, implica procesos formativos en los que “se logre llevar a las mayorías el desenmascaramiento de su situación, la conciencia de sus derechos y de sus obligaciones en la constitución de una sociedad más justa”, así como también a “la persuasión de su fuerza, el análisis de su realidad y de los caminos para salir de su situación actual” (Ellacuría, 1999, pp. 86-87). De igual manera, implica una historización de la universidad en donde su conciencia colectiva no se entienda como escueta movilización de masas, sino más bien como apuesta decidida que, en la generación de conocimiento, tenga como eje articulador el ámbito social.

Es en ello como el desplazamiento hacia la historización del sujeto pedagógico es eficaz. La constatación es Ellacuría. Su martirio verifica como involucró la totalidad de su vida, así como también, de la efectividad de la misión de la UCA para forjar de igual modo su misión al servicio

de y con las mayorías populares. No en vano, su martirio ocurre allí, pues fue el lugar desde el cual hizo concreción de su vocación cristiana y jesuita según su praxis intelectual e histórica al servicio de su realidad. Un martirio que es testimonio, historicidad y praxis histórica.

Los desplazamientos práxico-teóricos expuestos reiteran cómo en Ignacio Ellacuría existe un carácter pedagógico contenido en su legado y en el movimiento que genera para interpretar pedagogías otras que proceden de la historicidad de su vida. Al hacer referencia a la pedagogía testimonial, histórica y orgánica, aquello que ofrece la anamnesis realizada al Mártir salvadoreño es la posibilidad de legitimar praxis pedagógicas cuya matriz está sustentada en la historicidad de los sujetos y los lugares pedagógicos. Con lo cual, estas pedagogías otras abren los horizontes de significación y de sistematización de los marcos de interpretación pedagógica que emergen en la realidad de los sujetos de la historia, en su despliegue orgánico y en la capacidad que instauran para crear realidad en medio del criterio dialógico y dialéctico que ella misma impone.

El legado de Ignacio Ellacuría, a partir de su interpretación pedagógica, ofrece un criterio epistémico y metódico para la pedagogía de carácter crítico, problematizador y dialógico. Aquel se instaura en el plano de la concientización, alfabetización y liberación orgánica del sujeto. Tal proceso no procede de un ámbito formativo de base intelectual. Tiene en sus cimientos todo el andamiaje psico-orgánico y filético (*phylum humano*) que integra al sujeto de la historia. De ahí que proceda de los entramados genéticos y biológicos, así como también, sociales, históricos y culturales que lo permean. Con lo anterior, aquello que se posibilita es la capacidad de este sujeto para ampliar el espectro de aprehensión de la realidad hacia el reconocimiento de las formas de actuación personal e histórica. Así pues, si desde el ámbito antropológico e histórico que contiene a Ellacuría puede inferirse tal dimensión de actuación en su praxis intelectual e histórica a la luz de su vocación cristiana y jesuita, pues su marco de interpretación pedagógica a nivel biográfico, antropológico y místico legitima el horizonte de posibilidad y de transformación de la realidad que se instaura pedagógicamente en los lugares, realidades y sujetos históricos.

El despliegue psico-orgánico a nivel material, personal, social, histórico y trascendente del sujeto pedagógico tiene un marco de referencia en el legado de Ignacio Ellacuría. Es aquí como también adquiere legitimidad discursiva el horizonte de interpretación propuesto. Sobre todo porque fruto de la verificación histórica de este legado, y en ello, la inferencia de su carácter pedagógico, tal criterio hermenéutico situado en la *tensidad* que se ofrece entre el pensamiento

pedagógico latinoamericano y el Mártir salvadoreño demuestra que es posible develar caracteres pedagógicos que proceden de realidades, sujetos y experiencias otras.

En el caso de Ignacio Ellacuría, lo anterior se verifica en el marco sapiencial, reflexivo y práctico que despliega desde la radicalidad histórica de su vocación cristiana y jesuita. Allí son operativas las tríadas conceptuales que dan razón al dinamismo psico-orgánico del sujeto. Ahora bien, es desde el lugar de estos saberes, reflexiones y praxis como el carácter pedagógico de Ellacuría confirma que la pedagogía tiene lugares, realidades y sujetos otros de enunciación diametralmente opuestos a aquellos que han sido instaurados como legítimos y clásicos.

La experiencia mistagógica que acompaña y forma (*bildung*) a Ignacio Ellacuría durante su vida tiene un lugar de enunciación en sus maestros y en su realidad histórica. Allí se confirma que si bien por su despliegue psico-orgánico es capaz de hacerse cargo, cargar y encargarse de su realidad en conciencia de su estar ‘real’, de la dimensión ética que esto demanda y de la acción ‘real’ que implica para su creación, transformación y realización, la base de su experiencia vital está dada por el acto de interpelación que rodea su existencia. Por esa razón, en Ellacuría toda su praxis se comprende desde una dimensión *kenótica*, de vaciamiento y de entrega total a aquello que le demanda su relación con sus maestros y su realidad histórica encarnada en las mayorías populares. Y, por tanto, es como se entiende que su dimensión intelectual y práctica tiene como principio, dejarse cargar por la realidad, por el “lugar-que-da-verdad” (Ellacuría, 1991, p. 115).

El sentido teológico y pedagógico de la experiencia mistagógica que ocurre en Ellacuría confirma el dinamismo espiritual, heterodoxo, humanista, filosófico, teológico y discipular de su vida. Toda su existencia estuvo permeada por la contrastación entre las elucubraciones teóricas y las interpelaciones que demanda la realidad. Ahora bien, es la legitimidad que reconoce en estas últimas como actualiza, posibilita y dimensiona criterios de interpretación que hacen posible la actualización y profundidad de su praxis histórica. Así pues, no sólo se corrobora el argumento sobre el cual se instauran los desplazamientos práctico-teóricos sugeridos gracias a la verificación en el legado del Mártir salvadoreño. También se interpreta un sentido teológico y pedagógico que procede de su realidad, de su aprehensión psico-orgánica y de su praxis histórica.

El testimonio de vida de sus maestros y la realidad histórica se configuran en experiencia teológica y pedagógica de la vida de Ellacuría. Esto afirma su identidad mística y práctica. Sobre la primera, por la capacidad contemplativa que alcanza a partir de la aprehensión orgánica de lo que rodea su existencia en lo formativo y en las demandas de las mayorías populares. Sobre la

segunda, por la capacidad de acción que define en respuesta a la densidad de la realidad. Así pues, si a modo heterónimo son estos factores los que inciden pedagógicamente en Ellacuría, a modo autónomo es preciso afirmar que su praxis intelectual e histórica es acto pedagógico por su contenido y sus efectos. Es en ello donde se instaura la singularidad de su carácter pedagógico.

A partir de los desplazamientos práctico-teóricos identificados y de su verificación en la persona y personaje que Ignacio Ellacuría representa, se confirman las actualizaciones recíprocas que proceden para su legado como para el pensamiento pedagógico latinoamericano. En el caso de Ellacuría, su carácter pedagógico actualiza su persona y personaje al reconocer que pasados treinta y cinco años de su martirio, este sigue vigente. Los criterios de interpretación biográfico, filosófico, teológico, político y universitario han explorado distintas facetas de la vida del Mártir en lo vital, racional y práctico. De ello, han emergido criterios epistemológicos y metodológicos del quehacer filosófico y teológico, por ejemplo. Así como también, marcos para el análisis socio-político de la realidad y de la función universitaria.

Ahora bien, al identificar en su legado un carácter pedagógico, tal actualización confirma la unidad de vida que allí está contenida, a lo cual se agrega su dimensión pedagógica. Esto es, aquello que de forma biográfica, antropológica y mística, Ellacuría enseña con su vida y martirio, al tiempo que también propicia aprendizajes respectivos en los que su legado establece horizontes de significación y de posibilidad para operar en la realidad histórica actual.

Para el caso del pensamiento pedagógico latinoamericano, la actualización recíproca está en la verificación histórica de su matriz crítica, problematizadora y dialógica. Al reconocer en Ellacuría un sujeto pedagógico por el ámbito popular, realista e histórico de su legado, aquel actualiza esta matriz desde la intersubjetividad. Con todo, son las praxis pedagógicas críticas, liberadoras y transformadoras de la realidad las que se legitiman. Pero también, los sujetos, lugares y realidades ‘otros’ ya que confirman la dimensión pedagógica allí contenida, la necesidad de su aprehensión y sistematización, y su configuración en tanto lugar de enunciación, posibilidad y praxis de actos pedagógicos que interpelan, desafían y buscan superar los órdenes de violencia, marginalidad, exclusión y empobrecimiento que se instauran en la realidad.

Las actualizaciones que genera el legado de Ignacio Ellacuría asumen una dimensión práctica y de historicidad. O sea, si bien resignifican su memoria y la de la matriz pedagógica latinoamericana en su progresión crítica, decolonial y emergente, aquellas también definen criterios de apropiación sobre los cuales las praxis intelectuales e históricas de los sujetos de la

historia tengan de base el marco testimonial, histórico y orgánico que su carácter pedagógico ofrece. Con ello, se establece que los actos pedagógicos no acontecen exclusivamente en el aula. También ocurren en la fuerza histórica de los actos humanos que crean realidad tal como Ignacio Ellacuría lo hizo a lo largo de su vida y en la trascendencia histórica que expresa su martirio.